

AMISTAD

Una gota de rocío
a veces nutre a una flor
si la consume el estío...
yo vivo cerca de un río
y me muero de calor.

¡Una frase... una palabra
que colmara mi ansiedad...
céfiro fresco de un abra...
ese contento que labra
lo fecundo en la amistad!

¡Algo que diga al sentir
entre el lento batallar,
que es un contento el vivir
si hay quien sabe sonreír
a nuestro tierno anhelar!..

¡Algo que no niegue aquello
que un estimar despertó...
algo así como un destello
del canto amoroso y bello
que nuestra cuna meció:..

¡Voz del cielo, que consuela:
canto de un ave canora
que en el puro espacio vuela...
astro que en la mar riela
y que las sombras devora!

¡Una palabra... un acento
ajeno de todo aliño,
como brota el pensamiento...
como se expresa el contento
por el corazón de un niño!

ADRIAN CANELADA

ANDAR Y ESCRIBIR

TIERRA de LEVANTE

EL PAISAJE DE LIRIA

SURGE ante mí la perspectiva de Liria. Quiero conocer el paisaje de Liria, aspirarlo sensualmente de una vez, y me acompaña el amigo liriano. Mejor que el libro, el amigo y el conocimiento directo. ¿Cómo será Liria? Desde que los del 98 descubrieron el paisaje, somos algo más visionarios y conocemos mejor España. Porque el amor al paisaje nos descubrió el país, que hasta entonces nos era desconocido. Desconocido en costumbres, espíritu y fisonomía. ¿Podría haber así un buen historiador de España? Apunto bien, nadie lo dude. A los españoles comenzamos a entenderlos cuando los hombres de letras se van por ahí, por caminos, mesones y trochas, a la aventura, sin libros, con sólo lápiz y cuadernito. ¡Y qué de estupendos entuertos se descubren!

En el capítulo de sensaciones, una tiene perfil de secreto: Liria, a treinta kilómetros de Valencia, la sentimos lejana. Para llegar a ella nos parece que recorrimos cien kilómetros, con toda su resonancia. Liria tiene lejanía. Más allá de la Cañada de Paterna, el amigo abre el alma con énfasis:

—¡A Liria sólo le falta el mar humillado a sus plantas!

Nos vamos aproximando al valle de Liria. Cuando se viaja, gana el alma en perceptividad. Los cambiantes de luz, de formas, de colores, de movimiento, hacen de nuestro «yo» como un caleidoscopio psicológico. Aspiro sensualmente el paisaje. Por mis ojos entornados entra a raudales el proteico paisaje edetano. Ignoro cuanto veo; no he venido preparado; el espíritu es virgen ahora. Mejor. ¡Oh, estas veredas de pinos del umbral del valle de Liria!

—Verás, verás—exclama el amigo. soñador—¿Verdad que estos pinos con aquellas rocas, esos regatos, las colinas cercanas, los cabezos de allá, parecen uno de esos fondos de atardecer del renacimiento italiano?

—Pinos de Valencia—sueño yo—con regatos cerca... Es un encanto nuevo. Parecen más humanos estos pinos.

Trazo con mi lápiz unos rengloncitos breves.

¿Qué pensarán los pinos,
años y años,
quietos, humildes
bajo el azul cobalto?

¿Qué pensarán los pinos,
de nuestro paso...;
qué del agua que corre
por el regato?

—Eso es—asiente el amigo—. Hay que cantar a nuestro suelo. Los poetas valencianos con esa moda de la poesía universitaria y